

Ecos de descontento: cómo la pandemia legitimó la protesta reaccionaria en el espacio público español actual

Echoes of Discontent: How the Pandemic Legitimized Reactionary Protest in Today's Spanish Public Space

Alberto Olayo-Yestera

UNED

RESUMEN

Este artículo es relevante en 2025 porque ofrece, con cinco años de perspectiva, la primera evaluación longitudinal de cómo la COVID-19 reconfiguró de forma duradera la protesta y desplazó el protagonismo hacia actores conservadores y de extrema derecha. A partir de un PEA ampliado (Madrid, 2000–2025; >7.300 eventos), demuestra que los marcos «Libertad vs. Control» nacidos en el confinamiento consolidaron repertorios híbridos —caceroladas, caravanas, telemovilización y vuelta a la calle— que hoy siguen estructurando la contienda pública. El trabajo explica la migración de esos marcos desde la oposición a restricciones sanitarias hacia agendas anti-fiscalidad, anti-políticas climáticas, anti-acuerdos y anti-género, y documenta una nueva eficacia simbólica de la derecha en el espacio público. Su contribución teórica relee la pandemia como acelerador cultural reaccionario y como ventana de oportunidad para contramovimientos, aportando evidencia sobre subjetividades políticas centradas en la noción de «libertad». Para la Sociología Histórica, el artículo ofrece claves comparadas (España en diálogo con Alemania, EE. UU. y Brasil) y criterios empíricos para entender la normalización post-pandemia de la protesta polarizada y sus implicaciones en gobernanza, policía y regulación de la movilización digital.

PALABRAS CLAVE: protesta; contramovimientos; COVID-19; marcos de acción colectiva; extrema derecha.

ABSTRACT

This article is relevant in 2025 because, with five years' hindsight, it provides the first longitudinal assessment of how COVID-19 durably reconfigured protest and shifted prominence toward conservative and far-right actors. Drawing on an expanded Protest Event Analysis (Madrid, 2000–2025; >7,300 events), it shows that the «freedom vs. Control» frames forged during lockdown consolidated hybrid repertoires—pot-banging protests (*caceroladas*), motorcades, online mobilization, and a return to the streets—that continue to structure public contention today. The article traces the migration of these frames from opposition to public-health restrictions to anti-tax, anti-climate policy, and anti-gender agendas, and documents a new symbolic efficacy of the right in public space. Its theoretical contribution rereads the pandemic as a reactionary cultural accelerator and a window of opportunity for countermovements, providing evidence of political subjectivities centered on «freedom» and a recalibration of WUNC (worthiness, unity, numbers, commitment). For historical sociology, it offers comparative insights (Spain in dialogue with Germany, the United States, and Brazil) and empirical criteria to understand the post-pandemic normalization of polarized protest and its implications for governance, policing, and the regulation of digital mobilization.

KEY WORDS: protest; countermovements; COVID-19; collective action frames; far-right.

1. INTRODUCCIÓN

A veces, los grandes cambios no irrumpen con estruendo, sino disfrazados de silencio, como niebla densa que reordena el paisaje sin que lo advirtamos de inmediato. La pandemia del COVID-19 constituyó uno de esos momentos excepcionales. Aunque en apariencia supuso un paréntesis en la vida pública, una interrupción forzada del ritmo social y político, pronto se reveló como un acelerador subterráneo de procesos ya en marcha. Entre ellos, uno ha sido especialmente decisivo: la irrupción —y posterior consolidación— de movimientos conservadores y de extrema derecha como actores centrales de la protesta en el espacio público. Dichos movimientos venían exacerbando las calles desde la crisis generada en 2017 tras el proceso de independencia en Cataluña.

A partir de marzo de 2020, cuando se declaró el primer estado de alarma en España, las calles quedaron vacías, las plazas enmudecieron y el derecho de manifestación fue severamente restringido. En ese vacío momentáneo se produjo una reconfiguración insólita del campo de la movilización social. Las protestas no desaparecieron; mutaron. Mientras los movimientos sociales tradicionales —feministas, sindicales, vecinales— replegaban sus recursos hacia redes de apoyo mutuo, muchos grupos conservadores encontraron en la pandemia una oportunidad inusitada: supieron capitalizar el miedo, la incertidumbre y el hartazgo social para presentarse como portavoces del «sentido común» frente a un supuesto autoritarismo sanitario. Desde las caceroladas en los balcones hasta las caravanas vehiculares, desde los mensajes virales en redes sociales hasta la ocupación simbólica de enclaves urbanos, la extrema derecha descubrió en las restricciones un terreno fértil para proyectar su narrativa antigubernamental y erosionar los consensos democráticos previos.

La hipótesis que vertebra este estudio sostiene que la pandemia actuó como catalizador para acelerar la influencia cultural y visibilidad de los movimientos de extrema derecha y conservadores en el espacio público. Estos actores supieron apropiarse de las restricciones sanitarias como motivo de protesta, proyectándose con una eficacia simbólica y comunicativa que no solo desafió al gobierno de coalición progresista, sino que desplazó del centro del escenario a las formas clásicas de movilización colectiva. En 2025, este nuevo paisaje ya no es una excepción: es la nueva norma.

Este artículo tiene como objetivo principal analizar cómo la pandemia operó como una ventana de oportunidad para los movimientos conservadores, en términos tanto cuantitativos (frecuencia y volumen de protestas) como cualitativos (marcos simbólicos, repertorios de acción y niveles de performatividad). Para ello, se comparan las dinámicas de movilización en Madrid capital —laboratorio político de primer orden— las tendencias movilizadoras del siglo XXI y las que se dieron durante y después del periodo pandémico.

La elección de Madrid como lugar privilegiado de investigación, responde tanto a su densidad simbólica como capital institucional como a su relevancia empírica: con más de 7.300 eventos de protesta observados entre 2000 y 2025, ofrece un terreno de privilegiado para identificar ciclos de movilización, momentos de inflexión y reconfiguraciones del mapa protestatario.

2. MARCO TEÓRICO: CRISIS, OPORTUNIDAD Y CULTURA POLÍTICA DE LA PROTESTA

El estallido de la pandemia del COVID-19 no fue solo una crisis sanitaria: fue un acontecimiento total, un punto de inflexión que trastocó los fundamentos cotidianos, económicos, simbólicos y afectivos sobre los que se organizaban nuestras sociedades. Como señala el historiador Fernand Braudel, «las grandes catástrofes no son necesariamente los artífices, pero sí, con toda seguridad, los pregoneros infalibles de revoluciones reales» (Braudel, 1968:20). La pandemia inauguró así una fase crítica de cambio estructural que alteró no solo las formas de vida, sino también los modos de protesta, los sujetos que las protagonizan y los valores que las legitiman.

2.1. Cambio social y pandemias: del trauma a la oportunidad movilizadora

Desde la sociología del cambio social, Piotr Sztompka ha insistido en la idea de que los momentos de crisis profunda son especialmente fértiles para la transformación. En su propuesta de una sociología del devenir, Sztompka (1993) plantea que las sociedades se transforman no tanto en procesos lineales como en ciclos de disrupción, adaptabilidad e innovación social. La pandemia, en este marco, se convierte en un «evento catalítico» que activa una respuesta colectiva a la desorganización percibida, generando nuevas dinámicas de protesta tanto progresista como reaccionaria. Siguiendo esta lógica, la pandemia no detuvo la protesta, sino que la redirigió.

Este argumento ha sido retomado por Donatella Della Porta (2020), quien ha subrayado que los momentos de excepción abren espacios para innovaciones tácticas y solidarias. En su estudio sobre las respuestas de los movimientos sociales al COVID-19, Della Porta destaca cómo emergieron formas descentralizadas de ayuda mutua, al mismo tiempo que se producía una radicalización de ciertos discursos de oposición. La pandemia, por tanto, ofreció tanto un terreno para la cooperación como una plataforma para el antagonismo.

En la misma línea, se han explorado el auge de los movimientos conservadores como parte de una reacción global a la hegemonía progresista que caracterizó al ciclo de protestas de los años 2011–2014 (15M, *Occupy*, Primavera Árabe). Según Pleyers, el COVID-19 sirvió para reforzar una cultura del miedo, que fue estratégicamente explotada por nuevos actores conservadores. Así, el sentimiento de amenaza no derivó necesariamente en solidaridad, sino también en repliegues autoritarios, xenófobos y conspirativos, alimentando la construcción de una identidad política basada en la defensa de un orden

«natural» percibido como amenazado (Bringel, Breno; Pleyers, 2020; Pleyers, 2019).

Por su parte, Doug McAdam, desde la teoría de los procesos políticos, había mostrado cómo los cambios en las estructuras de oportunidad pueden redefinir el repertorio de acción colectiva (McAdam 1998). El COVID-19 introdujo una doble paradoja: cerró las calles, pero abrió las pantallas; restringió la reunión física, pero facilitó la articulación de discursos de resistencia en clave digital, especialmente en torno a la desconfianza institucional. La «libertad de movimiento» pasó a ser un signifiante disputado, en torno al cual se reorganizó buena parte del discurso reaccionario.

2.2. La sociología de la protesta y los contra-movimientos: el giro conservador

La sociología clásica de los movimientos sociales se ha centrado durante décadas en analizar formas de acción progresista. Sin embargo, tal como sostienen Mayer, Fillieule y Favre (1997), sabemos mucho sobre organizaciones, repertorios y coyunturas, pero muy poco sobre quiénes son y por qué actúan los individuos que salen a la calle; o Paul Almeida (2020) que señala que la movilización de derechas ha sido durante mucho tiempo un objeto infrateorizado. El contexto pandémico ha puesto de relieve esta carencia: no se trató solo de una interrupción del activismo tradicional, sino del surgimiento de nuevos protagonistas con gramáticas propias.

El concepto de «contra-Movimientos Sociales» (contra-MMSS) resulta útil para pensar este giro. Desde los trabajos pioneros de Kriesi (1992; 1995) y Kitschelt (1986; 1988) hasta aportes más recientes de Pleyers (2020) o Martínez y González (2021) se entiende que la movilización de derechas no es meramente reactiva, sino una estrategia articulada de disputa por la hegemonía cultural. En el contexto del COVID-19, estos contra-MMSS se organizaron en torno a tres ejes clave: (1) la defensa de la «libertad individual» frente a las restricciones colectivas; (2) la deslegitimación del gobierno y sus medidas de contención; y (3) la reivindicación de una identidad nacional amenazada.

En este sentido, las protestas impulsadas por *VOX*, *JUSAPOL*, *Hazte Oír* o el colectivo «Movimiento Núñez de Balboa» pueden leerse como expresiones articuladas de este tipo de reacción organizada, con capacidad simbólica, visibilidad mediática y una retórica eficaz anclada en el lenguaje emocional del agravio. Estos movimientos contrarios definidos por «un conjunto de opiniones y creencias compartidas por una población opuesta a determinado movimiento o política social» (tomando la clásica formulación de McCarthy y Zald) (1978).

2.3. Emociones, incertidumbre y cultura del miedo

Uno de los elementos menos explorados —y sin embargo cruciales— es el papel de las emociones en la activación de la protesta conservadora. La pandemia exacerbó el miedo, la frustración, el sentimiento de pérdida y la necesidad de certezas. En este contexto, los movimientos conservadores supieron transformar esas emociones difusas en marcos interpretativos potentes.

Siguiendo a Jasper (1998) y a Castells (2012) las emociones no solo acompañan a la protesta: la constituyen. La rabia, la desconfianza o el hartazgo fueron claves para la movilización durante la pandemia. Así se configuró lo que podríamos llamar una «cultura del miedo movilizado», donde el virus, el gobierno y las élites políticas se entrelazaban como enemigos simbólicos de un «pueblo» supuestamente silenciado. Este *frame*, explotado con eficacia por *influencers* como Alvisé Pérez, Vito Quiles, Javier Negre, etc, generó una narrativa de resistencia contra un «Estado totalitario», donde los derechos individuales eran percibidos como asediados por una gestión despótica de la crisis.

Al mismo tiempo, este repertorio emocional no fue neutro: estuvo atravesado por apelaciones de clase (la «protesta de los cayetanos»), género (resistencia a las políticas trans o feministas), raza (retórica antiinmigración) y nación (antiseparatismo). El miedo funcionó, así como pegamento afectivo para articular una nueva identidad colectiva conservadora.

2.4. El COVID como «ventana de oportunidad»: entre *shock* y movilización

La teoría de la estructura de oportunidades políticas (McAdam y Tarrow, Sidney; Tilly, 2005) ha mostrado que los momentos de crisis pueden abrir «ventanas de oportunidad» para la acción colectiva. La pandemia fue una de esas ventanas: introdujo una disrupción en la normalidad política, alteró el equilibrio entre derechos y libertades, y generó una atmósfera propicia para el surgimiento de nuevos actores.

Pero no todas las fuerzas aprovecharon esa oportunidad del mismo modo. Mientras los movimientos progresistas adoptaron un enfoque defensivo —protegiendo la salud pública, apoyando redes de cuidados (Walliser Martínez 2022), respetando las restricciones—, los movimientos reaccionarios se apropiaron del discurso de la libertad, explotando las ambigüedades de la situación. Este desplazamiento simbólico permitió a la derecha ocupar un espacio narrativo que tradicionalmente no le pertenecía: el de la resistencia.

La «protesta pandémica» no fue solo una anomalía circunstancial: fue el inicio de una nueva etapa en la disputa por el sentido común. Así como el 15M redefinió el espacio público en clave democrática e inclusiva, las protestas conservadoras del periodo 2020–2025 han intentado reconfigurarlo en clave excluyente, identitaria y autoritaria. Y si bien los actores progresistas también estuvieron presentes, lo hicieron desde posiciones debilitadas o fragmentadas, sin lograr disputar con la misma eficacia la centralidad simbólica.

Desde el año 2017, en el contexto de la «Operación Cataluña y el *Procés*» la tendencia conservadora a protestar se fue exacerbando. La pandemia no fue una pausa en la movilización social, sino como un parteaguas. Una crisis que reordenó los vectores emocionales, discursivos y estratégicos de la protesta. Un *shock* que abrió una ventana para la reconfiguración del espacio público. Y, sobre todo, un episodio que aceleró la emergencia de nuevos sujetos conservadores, capaces de disputar —y, en muchos casos, apropiarse— de la legitimidad protestataria que en décadas previas había sido patrimonio casi exclusivo de las izquierdas.

2.5 Impacto del COVID-19 en la Movilización Social y las Dinámicas de Protesta en España

La crisis del COVID-19 transformó el equilibrio de poder entre grupos sociales y políticos en España, evidenciando tensiones dinámicas entre el gobierno y la ciudadanía. Los grupos conservadores aprovecharon el contexto pandémico para consolidarse, mientras que las formaciones de izquierda, salvo el movimiento feminista, enfrentaron una disminución de apoyo. Esto revela una fluctuación en las dinámicas de poder, donde la crisis reconfigura la representación social y política en el espacio público.

La movilización durante la pandemia estuvo condicionada por las restricciones, que alteraron las posibilidades de acción ciudadana. Estas limitaciones actuaron como aceleradores de cambio, fomentando la innovación táctica de los MMSS. En este marco, el movimiento feminista destacó por mantener su activismo, a pesar de las controversias internas, subrayando su capacidad de resiliencia en un contexto adverso.

3. METODOLOGÍA Y FUENTES

El estudio adopta un diseño empírico, relacional y longitudinal basado en el *Protest Event Analysis* (PEA), ajustado al caso madrileño conforme a los

protocolos de Ramón Adell Argilés (1989, 2008). Se prioriza la observación sistemática de los eventos frente a aproximaciones exclusivamente discursivas, considerando cada protesta como unidad analítica inserta en procesos más amplios de cambio sociopolítico.

La base de datos integra más de 7.300 protestas en Madrid (2000–2025), codificadas mediante una ficha de 23 variables que abarcan: (a) temporalidad y condiciones del evento (fecha, hora, meteorología); (b) repertorios y desarrollo (forma de acción, itinerario, espacios ocupados, área temática y lema); (c) actores y destinatarios (convocantes, apoyos, figuras públicas, autoridades interpeladas); (d) orden público y conflictividad (presencia e intervención de FCSE, incidentes, detenciones, heridos); (e) dimensión simbólica (pancartas, consignas, parodias); y (f) trazabilidad empírica (fuentes documentales, observaciones de campo y estimación de asistentes). Este dispositivo posibilita la comparación temporal de repertorios, niveles de conflictividad y respuestas institucionales.

Se incorpora un subanálisis intensivo de 370 eventos (enero 2020–junio 2021) —periodo de los estados de alarma— para detectar inflexiones en los repertorios y en la composición de los actores: del predominio progresista hacia expresiones conservadoras más disruptivas y de alta eficacia simbólica. La estrategia analítica combina series temporales, cruces por tipos de actor (sindicatos, feministas, conservadores, negacionistas, vecinales) y visualización de patrones de participación.

El enfoque resultante no solo cuantifica la frecuencia de las protestas; también capta su densidad simbólica, lógica narrativa y performatividad, permitiendo cartografiar las mutaciones del espacio público y situar el papel emergente de la protesta conservadora en el ciclo político que inaugura el quinto lustro del siglo XXI.

3.1. PEA ampliado: de la cuantificación al análisis relacional

El *PEA* ha sido tradicionalmente utilizado para estudiar la frecuencia, distribución y características de las protestas a través del análisis sistemático de registros periodísticos y fuentes documentales (Koopmans y Rucht, 2002). En este caso, se ha desarrollado una metodología propia —derivada de los trabajos de Adell (2003, 2005, 2013) y adaptada al caso madrileño— que va más allá de la mera contabilidad de eventos, proponiendo un análisis relacional, estructural y contextual.

La base empírica está compuesta por más de 7.300 protestas documentadas en Madrid capital entre los años 2000 y 2025, con especial atención a los 370

eventos ocurridos durante el periodo pandémico (enero 2020 – junio 2021). Cada protesta ha sido codificada mediante una ficha técnica informatizada que recoge 31 variables tanto cuantitativas como cualitativas, lo que permite articular datos formales, simbólicos y estratégicos.

3.2. Variables de análisis

El diseño metodológico contempla cinco dimensiones clave:

- Convocantes y actores implicados: se identifica el sujeto promotor de cada evento (sindicatos, asociaciones vecinales, partidos, plataformas ad hoc, movimientos feministas, colectivos de extrema derecha, etc.), así como los «grupos motores» y coaliciones, lo que permite rastrear dinámicas de cooperación o fractura interna.
- Marcos interpretativos y demandas: se analizan los eslóganes, pancartas, repertorios simbólicos y tipos de agravios en clave de *frame analysis* (Snow y Benford, 1988), con especial atención a los componentes emocionales, morales y narrativos de cada protesta.
- Participantes y estimaciones de asistencia: se recoge el número estimado de asistentes (contrastado mediante fuentes visuales y registros oficiales), su evolución temporal y la relación entre número de convocatorias y volumen de movilización efectiva.
- Repertorios de acción y niveles de intensidad: se distingue entre protestas convencionales, performances disruptivas, caceroladas, acciones vehiculares, protestas digitales, etc., clasificándolas según su intensidad, grado de novedad y uso de tecnologías digitales.
- Respuesta institucional y destinatarios: se codifica el tipo de autoridad apelada (local, autonómica, estatal), la presencia de contraaudiencias, y la respuesta institucional: desde la represión hasta la negociación, pasando por el silencio administrativo.

Este enfoque permite no solo registrar cuántas protestas se producen, sino *cómo, por qué y con qué capacidad de interpelación* se articulan.

3.3. Fuentes de información y triangulación

La información ha sido recolectada mediante un sistema de triangulación de fuentes que combina:

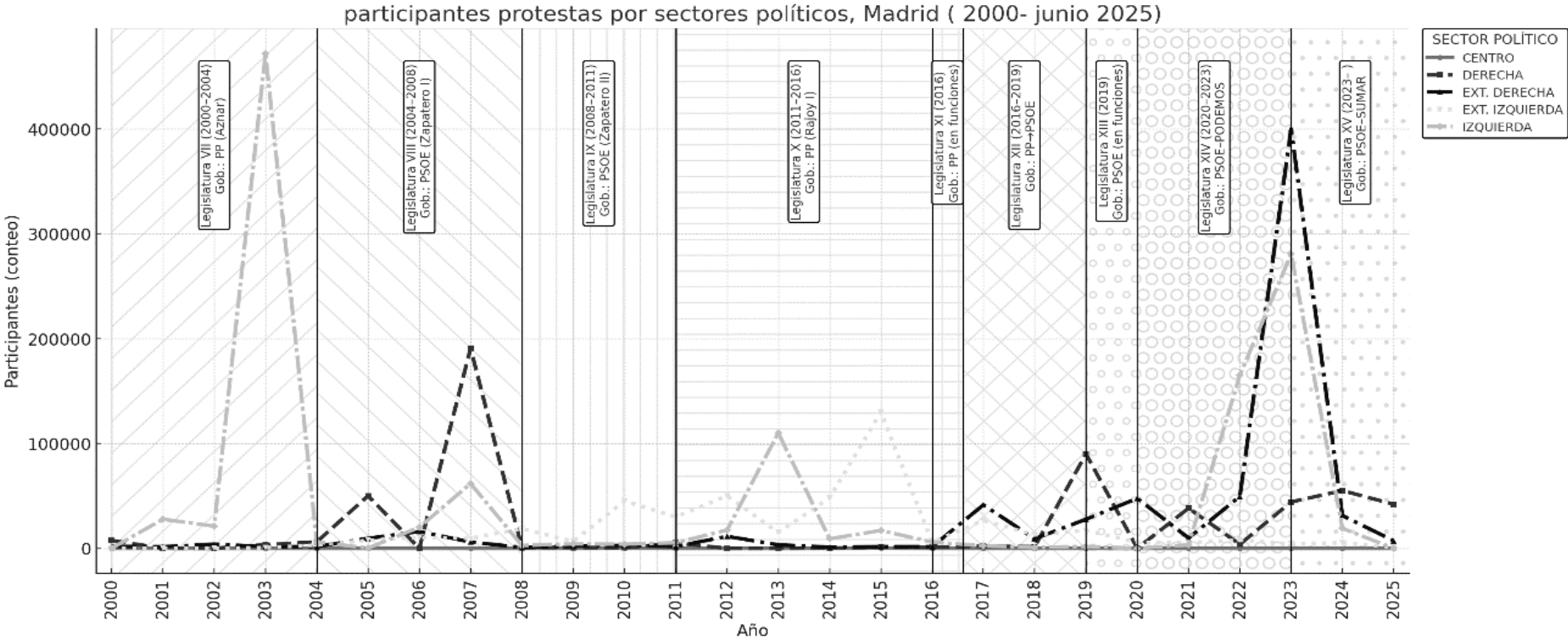
- Datos oficiales del Ministerio del Interior y Delegación del Gobierno en Madrid, incluyendo registros de manifestaciones comunicadas, autorizadas, prohibidas y con incidentes.
- Observación directa y seguimiento virtual de convocatorias en redes sociales (*Twitter*, *Telegram*, *Facebook*), con especial atención a hashtags como #StopConfinamientos, #GobiernoDimisión o #SanitariosNecesarios.
- Sistemas de alerta configurados a través de *Google Alerts* y *RSS* con palabras clave específicas (manifestación, protesta, concentración, Madrid), aplicados a medios digitales y boletines de asociaciones.
- Material audiovisual procedente de cámaras de tráfico, vídeos ciudadanos y transmisiones en directo, que se han utilizado para contrastar datos de asistencia y verificar niveles de tensión o violencia.

Esta estrategia metodológica garantiza un alto grado de validez interna y una cobertura amplia de las manifestaciones formales e informales que han tenido lugar en el periodo estudiado.

4. RESULTADOS: EVOLUCIÓN DEL REPERTORIO DE PROTESTA CONSERVADORA EN LA PANDEMIA

Según podemos observar en el gráfico 1, la pandemia del COVID-19 reconfiguró de manera decisiva el campo de las protestas en España. A lo largo de los últimos veinticinco años, la presencia de movimientos conservadores y de extrema derecha en el repertorio protestatario de Madrid ha sido tradicionalmente minoritaria, intermitente y, en muchos casos, simbólicamente marginal. Sin embargo, el periodo comprendido entre 2017 «operación Cataluña» y 2025 muestra una inflexión notable las protestas conservadoras durante la pandemia: estos grupos no solo aumentaron su visibilidad y capacidad de convocatoria, sino que lograron resignificar la protesta como herramienta legítima de oposición, desplazando parcialmente a los movimientos clásicos de la izquierda y el sindicalismo. Tomando la calle como espacio de descontento popular contra el Gobierno, que culminará en 2023 en las protestas contra la amnistía a los líderes condenados en el *procés* separatista catalán. La serie longitudinal analizada muestra un punto de inflexión claro a partir del 2017 y del primer trimestre de 2020. A diferencia de lo que cabría esperar en un contexto de emergencia sanitaria y confinamiento generalizado, las protestas no cesaron: mutaron. Y lo hicieron en dirección a una mayor articulación de actores conservadores, que supieron interpretar el malestar pandémico como una oportunidad política.

Gráfico 1. Participantes en las protestas convocadas solamente por sectores políticos durante el siglo XXI y hasta junio del 2025 en Madrid, capital (se excluyen los MMSS)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos propios elaborados (n=954).

A continuación, analizamos más detenidamente el periodo de pandemia en 370 protestas estudiadas.

4.1. Preludio del conflicto: enero 2020 – marzo 2020

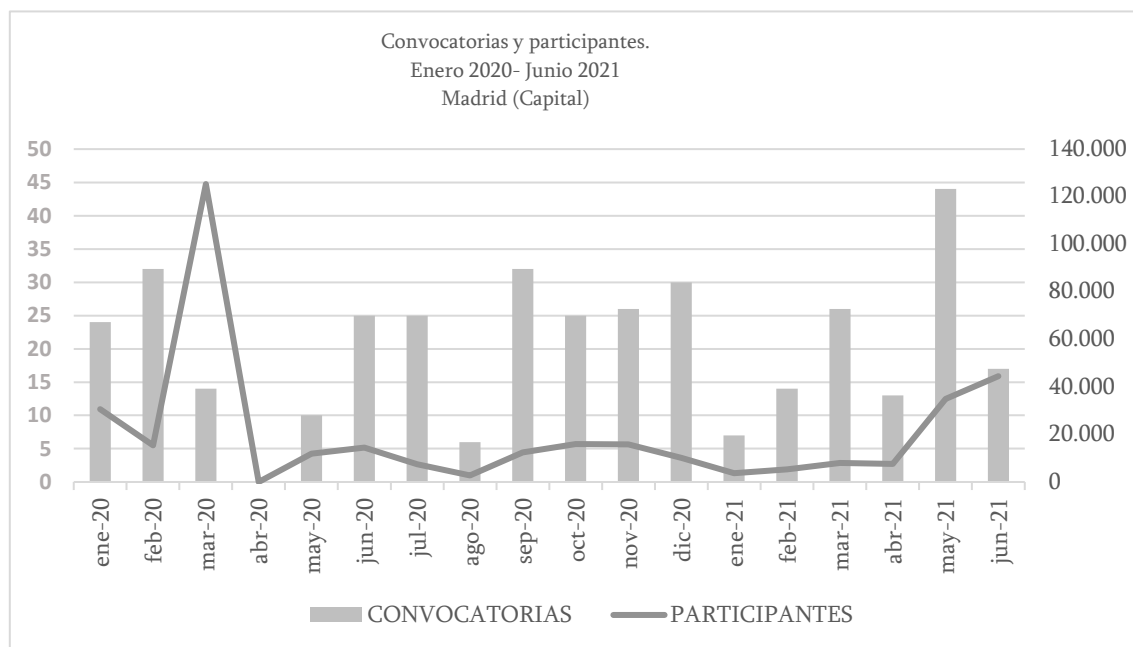
El arranque del año 2020 ya estaba marcado por una elevada tensión política. La investidura del primer gobierno de coalición entre PSOE y Unidas Podemos el 7 de enero, con Pedro Sánchez al frente, no gozó de la tradicional tregua institucional. Por el contrario, desató una respuesta inmediata en las calles por parte de sectores conservadores y ultraconservadores que, desde el principio, cuestionaron la legitimidad del nuevo ejecutivo (gráfico 2).

Durante ese primer trimestre, las protestas conservadoras utilizaron repertorios clásicos —concentraciones, marchas, uso de banderas nacionales, discursos con altavoz— pero ya apuntaban a una renovación estratégica. La intensidad del clima político —alimentado por la crispación parlamentaria, el ruido mediático y las narrativas de conspiración— generó un campo fértil para la movilización. Este preludio fue esencial: permitió activar redes, consolidar liderazgos, experimentar marcos discursivos y, sobre todo, re-legitimar la calle como espacio de disputa ideológica para sectores históricamente más presentes en el voto institucional que en la acción colectiva.

Además, esta activación conservadora se produjo justo antes de que el COVID-19 irrumpiera como un acontecimiento disruptivo. Cuando el estado de alarma fue decretado el 14 de marzo, las derechas ya estaban en movimiento. No fueron sorprendidas por la crisis, sino que supieron reconvertir su agenda al nuevo contexto. La crítica a la investidura mutó en crítica a la gestión de la pandemia; la defensa de la unidad nacional derivó en defensa de las libertades individuales frente al «encierro»; y la oposición al gobierno se mantuvo constante, aunque se expresara ahora con mascarillas, cacerolas o caravanas.

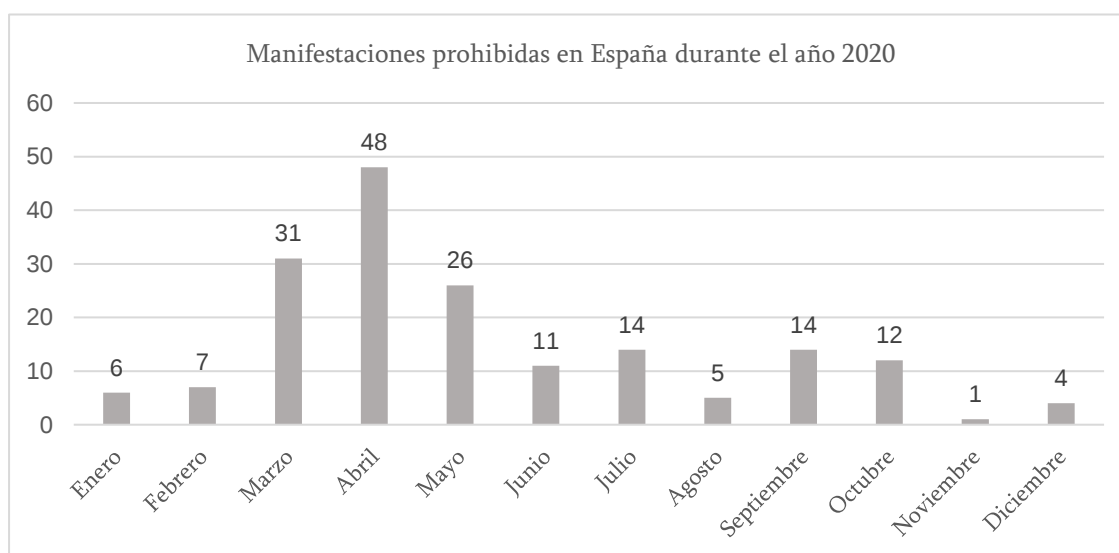
Este breve, pero intenso ciclo enero-marzo de 2020 permitió, en definitiva, construir las bases de una movilización conservadora que, lejos de diluirse con la crisis sanitaria, encontraría en ella su mejor escenario. La pandemia no frenó el conflicto: lo reconfiguró.

Gráfico 2. muestra el número de convocatorias y participantes en protestas de todos los sectores sociales y políticos en Madrid, capital; desde enero del 2020 a junio del 2021



Fuente: Elaboración propia a partir de datos propios elaborados (n=370).

Gráfico 3. Manifestaciones prohibidas en España por la D. Gobierno durante el año 2020



Fuente: Ministerio Interior. Elaboración Propia. Nota: No se incluyen datos de las comunidades autónomas de Cataluña y País Vasco.

Debemos destacar que el número de protestas comunicadas a la Delegación de Gobierno desciende bruscamente en España durante los meses más duros del primer confinamiento, como aparece reflejado en el gráfico 3.

De las 2.739 manifestaciones realizadas en febrero de 2020, solo hubo 81 en abril, alcanzando 3.382 en noviembre de 2020 tras el primer confinamiento (**Ver tabla 1**). Inversamente, las prohibiciones aumentaron en marzo, abril y mayo de 2020 y descendieron el resto de los meses (**gráfico 3**). Solo se prohibieron un 0,8% de las protestas comunicadas a la Delegación de Gobierno durante el primer Estado de Alarma (EA) de marzo a mayo de 2020.

Tabla 1. Manifestaciones comunicadas a nivel nacional por meses entre los años 2015 y 2023 a la D. Gobierno

Mes	2015	2016	2017	2018	2019	2020	2021	2022	2023
Enero	2.432	1.933	2.232	2.120	2.762	2.734	2.119	2.492	2.519
Febrero	3.017	2.310	2.665	2.931	3.360	2.739	3.087	2.968	2.916
Marzo	3.424	2.711	3.225	3.324	4.012	1.018	3.391	4.392	3.280
Abril	4.311	3.219	2.787	3.292	3.321	81	3.462	3.532	3.698
Mayo	3.511	3.198	3.130	3.790	3.823	741	4.041	4.693	4.293
Junio	2.978	2.808	2.775	2.510	1.824	1.967	3.240	2.636	2.741
Julio	1.874	1.292	1.647	1.971	1.540	1.519	1.951	1.322	1.529
Agosto	1.321	1.279	1.223	1.763	1.380	1.431	1.517	1.397	1.205
Septiem	2.714	2.204	2.796	2.266	2.407	2.250	2.729	2.464	1.813
Octubre	2.717	2.433	2.609	2.813	2.915	2.419	2.598	2.611	2.421
Noviem	2.931	2.553	2.344	3.356	2.872	3.382	3.210	3.626	3.464
Diciemb	1.690	1.940	1.658	1.942	1.702	2.168	2.021	1.856	1.836
Total	32.920	27.880	29.091	32.078	31.918	22.449	33.366	33.989	31.715
Porcent. año anterior	- 10,29%	- 15,31%	4,34%	10,27%	- 0,50%	- 29,67%	48,63%	1,87%	- 6,69%

Fuente: Ministerio Interior. Elaboración Propia. Nota: No se incluyen datos de las comunidades autónomas de Cataluña y País Vasco.

En el caso específico de la Comunidad de Madrid, y conforme a los datos proporcionados por el Ministerio del Interior (MIR), la tendencia observada es congruente con la del ámbito nacional. Hubo un total de 2.432 convocatorias, 8 con incidentes y 24 prohibidas (**tabla 2**). La tendencia se alteró debido a la aparición de la pandemia y el Estado Alarma (EA) proclamado. Es destacable que en 2020 se registraron solo ocho incidentes, un dato insignificante e inferior a los doce incidentes de 2017, un año marcado por las protestas relacionadas con el referéndum en Catalunya (**tabla 2**). Así, una gran parte de la ciudadanía aceptó claramente el EA confinándose. Además, los MMSS dedicaron sus recursos a redes de apoyo mutuo y autoayuda, mientras los contramovimientos fueron los que principalmente tomaron las calles.

Tabla 2. Manifestaciones comunicadas a la D. Gobierno, número de incidentes anuales y número de manifestaciones prohibidas en la Comunidad de Madrid entre los años 2015 y 2023.

Año	2015	2016	2017	2018	2019	2020	2021	2022	2023
Total	3.678	3.321	3.627	3.924	3.489	2.432	4.457	4.251	4.390
Incidentes	1	2	12	2	5	8	2	1	0
Prohibidas	100	77	814	141	127	24	0	0	13

Fuente: Ministerio Interior. Elaboración Propia. Nota: No se incluyen datos de las comunidades autónomas de Cataluña y País Vasco.

Los gráficos 2 y 3 anteriores, reflejan cómo la pandemia y las políticas gubernamentales influyeron en la capacidad de protesta en España durante 2020. Hubo una clara correlación entre los picos de manifestaciones prohibidas y los periodos de confinamiento más estrictos. Esto subraya la tensión entre las medidas de salud pública y los derechos civiles, un tema central en el debate sobre la gestión de la pandemia. La protesta, como forma de expresión colectiva, se adaptó a un contexto de restricciones sin precedentes, generando un debate continuo sobre el equilibrio entre seguridad sanitaria y libertades individuales.

4.2. El paréntesis del Estado de Alarma y su ruptura (marzo–mayo 2020)

El 14 de marzo de 2020, con la declaración del primer Estado de Alarma (EA), España entró en una etapa de confinamiento generalizado que modificó

radicalmente las condiciones de posibilidad de la protesta. La libertad de circulación quedó severamente restringida, los espacios públicos se vaciaron y el derecho de manifestación, aunque formalmente no suspendido, se enfrentó a severas limitaciones prácticas. La protesta, sin embargo, no desapareció. Simplemente se transformó.

Durante el periodo marzo–mayo de 2020, que podría parecer una etapa de silencio político en el espacio urbano, se incubaron las formas más innovadoras —y paradójicamente más eficaces— del repertorio conservador. En este paréntesis se gestaron nuevas gramáticas de protesta, a medio camino entre lo simbólico y lo digital, lo emocional y lo espectacular. Fue, en muchos sentidos, el verdadero punto de partida del ciclo de movilización derechista–pandémico (gráfico 2).

El caso más paradigmático fue el del barrio de Salamanca, y en particular, la calle Núñez de Balboa, que se convirtió en un auténtico epicentro simbólico de la protesta conservadora durante el confinamiento. A partir del 10 de mayo de 2020 —cuando aún estaban vigentes fuertes restricciones— comenzaron a documentarse concentraciones diarias de vecinos golpeando cacerolas, portando banderas de España y exigiendo la dimisión del Gobierno.

La protesta fue interpretada mediáticamente como la expresión del malestar de las clases acomodadas, y pronto fue bautizada irónicamente como la «revuelta de los cayetanos», aludiendo al estereotipo clasista del barrio. Sin embargo, reducirla a una caricatura social sería erróneo: lo que allí emergió fue un nuevo núcleo organizativo, inicialmente espontáneo, pero rápidamente estructurado. Este modelo de protesta se repetirá en el 2023, a partir del denominado «Noviembre Nacional»¹.

La protesta pasó de la acción vecinal a la movilización politizada en cuestión de días. Figuras como María Luisa Fernández, autodenominada portavoz del «Movimiento Constitucional Núñez de Balboa», o Javier Villamor, portavoz de *Hazte Oír*, asumieron el liderazgo público. Mediante el uso de *streamings* diarios en plataformas digitales, grupos de *WhatsApp* y *Telegram*, y la colaboración con medios digitales afines, estos actores lograron nacionalizar un conflicto que en principio era local. El hashtag #StopConfinamientos se expandió rápidamente, articulando una narrativa de «resistencia civil» ante lo que consideraban una deriva autoritaria del Gobierno de coalición.

La imposibilidad de ocupar físicamente el espacio público activó otras formas de acción que resignificaron el paisaje cotidiano. Las caceroladas desde los

¹ Se puede ver más información en : [Protestas contra la amnistía en España \(2023-2024\) - Wikipedia, la enciclopedia libre](#).

balcones, inicialmente promovidas por sectores progresistas para reclamar más recursos sanitarios, fueron rápidamente reappropriadas por sectores conservadores. Estas acciones se sincronizaban con discursos televisados del presidente o del rey, y se amplificaban a través de redes sociales. Se generaba así una especie de «performance sonora descentralizada» que convertía cada edificio residencial en un nodo de protesta.

Paralelamente, emergieron nuevas formas performativas de carácter simbólico. En el caso del Barrio de Salamanca, los manifestantes paseaban con banderas mientras escuchaban el himno nacional desde altavoces portátiles. En muchas ventanas aparecieron pancartas con consignas como «Gobierno dimisión», «Libertad ya» o «No al comunismo sanitario». Algunos vehículos particulares fueron decorados como si se tratara de carrozas reivindicativas, anticipando el formato que VOX popularizaría semanas después con sus «caravanas por la libertad».

En el plano digital, esta etapa supuso una explosión de mensajes virales en redes como *Twitter* y *Facebook*, protagonizados por perfiles ultraderechistas, libertarios y negacionistas emergentes. Influencers como Alvisé Pérez ganaron notoriedad replicando una retórica inflamatoria, plagada de alusiones al totalitarismo, las conspiraciones internacionales y el «pueblo secuestrado». Estas intervenciones funcionaban como puentes emocionales entre la frustración pandémica y una narrativa política de resistencia reaccionaria. Se consolidó así un espacio de acción conectiva —en términos de Bennett y Segerberg (2012) que combinaba afecto, disidencia y deseo de pertenencia a una «comunidad agraviada».

Lo que comenzó como un gesto testimonial en un barrio acomodado se convirtió en un modelo replicable de protesta simbólica, emocional y eficaz. El confinamiento, lejos de desactivar a los sectores más reaccionarios, les ofreció un escenario excepcional en el que construirse como oposición legítima, mediáticamente visible y emocionalmente resonante. A diferencia de los movimientos progresistas, que optaron por la contención y la solidaridad barrial, los sectores conservadores apostaron por el conflicto abierto, la confrontación y el uso provocador del espacio urbano. El gráfico 4 muestra claramente como la extrema derecha es la que mejor respuesta tiene a sus convocatorias en cuanto al número de participantes en este periodo. Los MMSS feministas también tienen una respuesta positiva en el gráfico 4, pero hay que aclarar que es un «efecto espejismo», debido a la alta participación que acumula el 8 de marzo de 2020. Ello distorsiona el número de participantes en cuanto al resto de convocatorias feministas (tabla 3).

Gráfico 4. Protestas en las calles de Madrid, capital durante el periodo analizado en detalle de los diferentes movimientos sociales y políticos



Elaboración propia a partir de datos propios elaborados.

Tabla 3. Participantes y convocatorias en protestas en el periodo de enero del 2020 a junio del 2021 en Madrid, capital. Según sector político o social

SECTOR POLÍTICO O SOCIAL	PARTICIPANTES.	CONVOCATORIAS
FEMINISTAS-8M- Y OTROS	162.000	88
ANARQUISTAS	700	5
CAMPO, RURAL Y PESCA	6.700	6
CORPORATIVOS	16.400	30
DERECHA	38.200	5
EXT. DERECHA	56.000	38
EXT. IZQUIERDA	10.200	25
JOVENES Y ESTUDIANTES	3.400	6
IZQUIERDA	3.300	5
SINDICATOS	32.600	75
SOLIDARIDAD INTERNACIONAL	12.900	15
VECINOS	23.700	72

Fuente: Elaboración propia a partir de datos propios elaborados.

Esta etapa marca la ruptura definitiva del paréntesis pandémico en clave política. Las calles, vacías durante semanas, volvieron a llenarse no con

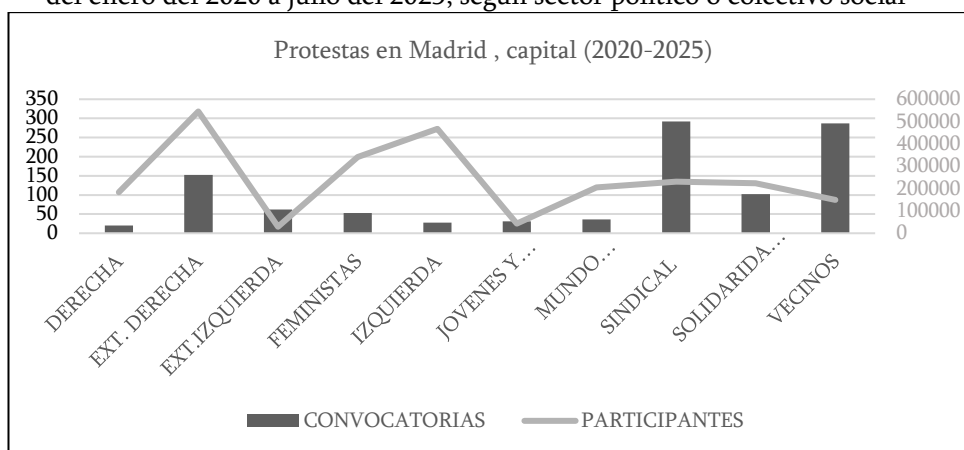
multitudes, sino con símbolos. Banderas, cacerolas, himnos, pancartas y megáfonos ocuparon el lugar de los cuerpos. Fue una reapropiación performativa del espacio urbano que anunció lo que vendría: el retorno de la protesta, pero con nuevos protagonistas.

Lo que se gestó en esos días no fue solo una forma de manifestarse, sino un nuevo repertorio reaccionario adaptado al siglo XXI: emocional, digital, simbólico, transmedia. La protesta conservadora, tradicionalmente débil en términos de acción colectiva, había encontrado al fin su código cultural. Y Madrid, una vez más, fue su escenario privilegiado.

4.3. Reconfiguración post-pandemia: 2020–2025

La conclusión del Estado de Alarma en mayo de 2021 no supuso una vuelta a la normalidad anterior en términos de movilización social. Por el contrario, la protesta pospandémica en Madrid se reconfiguró en una nueva arquitectura política y simbólica, donde los actores conservadores (derecha y extrema derecha) —que se habían ensayado como fuerzas de oposición durante el confinamiento— consolidaron su protagonismo. El periodo comprendido entre 2020 y junio del 2025 (**gráfico 5**) se caracteriza por una paradoja llamativa: mientras el número total de convocatorias promovidas por estos sectores conservadores se mantuvo relativamente bajo en comparación con sindicatos o vecinos, su capacidad de movilización, resonancia mediática e impacto simbólico fue sensiblemente mayor, incluida la extrema izquierda parlamentaria.

Gráfico 5. Protestas en las calles de Madrid, capital durante el periodo que va del enero del 2020 a julio del 2025, según sector político o colectivo social



Elaboración propia a partir de datos propios elaborados.

Entre 2021 y 2025, tres actores se afianzan como pilares del nuevo repertorio conservador: el partido político *VOX*, la organización ultracatólica *Hazte Oír*, y una constelación difusa de plataformas negacionistas y antivacunas. Cada uno cumple una función específica en la arquitectura ideológica y emocional del ciclo protestatario post-COVID.

- *VOX* asumió un rol dual como partido institucional y motor de movilización callejera. A través de acciones como las «Caravanas por España y su Libertad» o las concentraciones contra la Ley de Memoria Democrática, *VOX* articuló un discurso transversal que conectaba pandemia, comunismo, inmigración y feminismo como partes de una misma «amenaza global» al orden social. En términos de asistencia, sus protestas se situaron entre las más numerosas del periodo 2020–2025, con picos de hasta 10.000 personas.
- *Hazte Oír*, por su parte, se especializó en campañas de choque cultural: autobuses con mensajes provocadores, denuncias a leyes de educación sexual, manifestaciones contra la ley trans o la reforma del aborto. Su estrategia combinó acciones físicas altamente visibles con campañas digitales virales, asegurando una cobertura mediática desproporcionada respecto a su volumen real de base social.
- Plataformas antivacunas y negacionistas, articuladas de forma espontánea en redes sociales como *Telegram*, aportaron la base más volátil, pero emocionalmente movilizada, del nuevo ciclo conservador. Protestas como las del 16 de agosto de 2020 (2.500 personas bajo el lema «#StopConfinamientos»), y las de 2021 contra el pasaporte COVID o las restricciones escolares, consolidaron un discurso alternativo que mezcla teorías conspirativas, libertarismo y espiritualidad reaccionaria.

La interacción entre estos tres niveles —partido, organización ideológica y redes afectivas— conformó una infraestructura protesta de derecha radical inédita en la España democrática contemporánea.

Uno de los datos más reveladores del periodo pospandémico es que, si bien los actores progresistas (especialmente sindicatos y plataformas feministas) siguen generando un mayor número de convocatorias, su capacidad de convocatoria efectiva tiende a descender o estabilizarse, mientras que las protestas conservadoras muestran un volumen de participación elevado con menor frecuencia organizativa, según hemos visto en el gráfico 5.

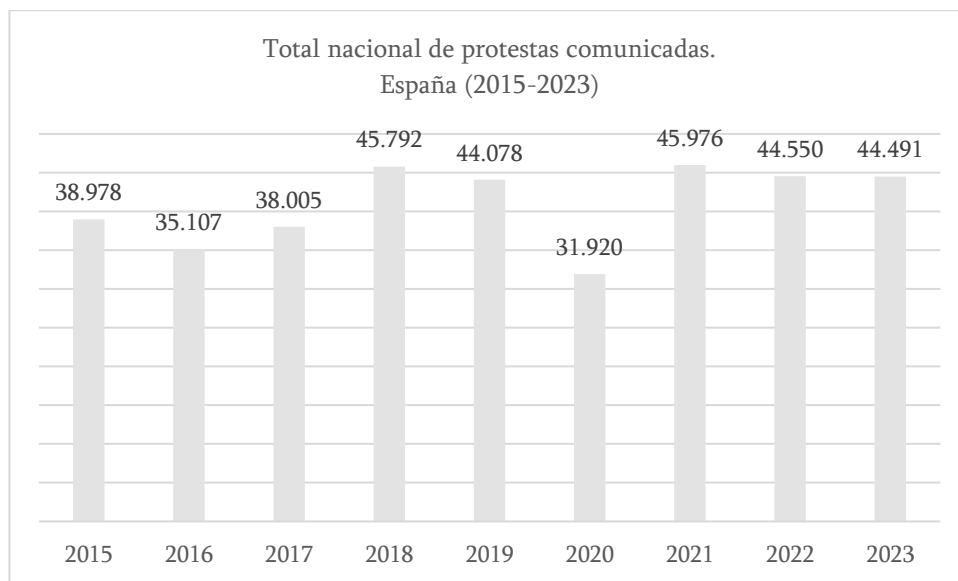
Esto sugiere que el nuevo repertorio conservador no apuesta por la reiteración ritual (como los 1º de Mayo o los 8M), sino por eventos intensivos de fuerte

contenido emocional y mediático, que condensan participación, atención y legitimidad en un corto espacio temporal. Además, la cohesión simbólica de estas protestas —basada en elementos identitarios como la bandera, la nación, la religión o el rechazo al globalismo— genera una resonancia emocional más intensa entre sus bases, que se traduce en un alto grado de fidelización protestataria.

Los Gráficos 6 y 7 siguientes permiten visualizar de manera precisa esta transformación estructural en la protesta madrileña.

- Gráfico 6: muestra la evolución anual de protestas comunicadas a Delegación de Gobierno en toda España entre 2015 y 2023. En 2020, el descenso abrupto producto del confinamiento es evidente (31.918 convocatorias frente a 44.078 en 2019), pero ya en 2021 se produce un repunte del 48,63% (hasta 45.976), alcanzando niveles superiores al periodo prepandémico. Esta recuperación, sin embargo, no implicó una distribución homogénea entre los distintos actores, como revelaba el gráfico 2 anterior.

Gráfico 6. Protestas comunicadas a la Delegación Del Gobierno en el periodo 2015-2023

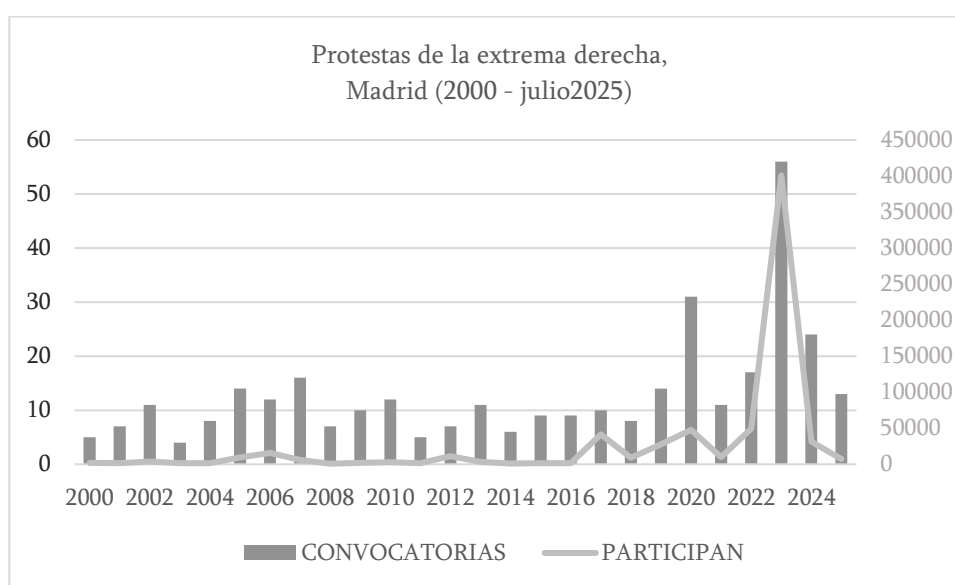


Fuente: Ministerio del Interior a partir del anuario estadístico.
Elaboración propia.

- Gráfico 7: centrado en las protestas de extrema derecha en Madrid entre 2000 y 2025, muestra un crecimiento exponencial de la participación a partir de 2021, alcanzando picos en 2022 y 2023. Lo

notable no es solo el aumento cuantitativo, sino el desfase entre número de convocatorias y número de participantes, lo que indica una altísima eficiencia organizativa. Frente a los sindicatos o el movimiento feminista —cuyas curvas muestran constancia en la frecuencia, pero irregularidad en la asistencia—, los actores conservadores presentan una ratio participación/convocatoria significativamente superior (gráfico 2).

Gráfico 7. Protestas de la extrema derecha en Madrid



Fuente: Elaboración propia a partir de datos propios elaborados.

Estos datos refuerzan empíricamente la tesis de que la extrema derecha y sus aliados sociopolíticos han logrado conquistar el espacio de la protesta eficaz, no necesariamente por su volumen de actos, sino por la capacidad de convertir cada uno de ellos en un acontecimiento mediático y político de alto impacto.

5. ANÁLISIS COMPARATIVO: DESPLAZAMIENTO DEL PROTAGONISMO EN EL ESPACIO PÚBLICO (2021–2025)

El análisis de la evolución de las protestas en Madrid durante y después de la pandemia del COVID-19 revela un cambio sustantivo en la cartografía del

espacio público: se ha producido un desplazamiento del protagonismo protestatario, que tradicionalmente había estado en manos de actores progresistas —como el movimiento feminista, los sindicatos o las plataformas vecinales— hacia nuevos actores de perfil conservador o ultraderechista, que han logrado no solo visibilidad, sino también centralidad simbólica. Este desplazamiento no es únicamente cuantitativo, sino cualitativo: afecta a los marcos interpretativos, la legitimidad percibida de la protesta y su resonancia política.

Una de las claves del éxito conservador en el terreno protestatario reside en su eficacia simbólica y narrativa. A diferencia de los movimientos progresistas, que suelen movilizar en torno a demandas complejas, estructurales y de largo plazo, los nuevos actores de derecha radical han logrado construir narrativas simplificadas, emocionalmente movilizadoras y fácilmente replicables en medios y redes.

Su repertorio discursivo se basa en pares dicotómicos: libertad vs. dictadura sanitaria, nación vs. traición, pueblo vs. élite, orden vs. caos. Estas oposiciones estructuran un marco interpretativo que conecta de forma directa con el malestar subjetivo generado por la pandemia, la inflación, la inseguridad percibida o la pérdida de referentes tradicionales. Frente a la complejidad de las políticas públicas, estos movimientos ofrecen explicaciones simples, culpables concretos y soluciones contundentes.

Además, han sido especialmente hábiles en convertir la protesta en espectáculo, utilizando formatos como caravanas vehiculares, performances visuales, lemas virales o intervenciones en directo que aseguran cobertura mediática. La protesta ya no es solo un ejercicio de presión institucional: es una batalla por la atención. Y en ese terreno, los nuevos actores conservadores han sabido jugar con códigos contemporáneos que el movimiento obrero o los colectivos vecinales no siempre dominan.

En contraste, los actores progresistas —sindicalismo, vecinos y demás— exhiben un declive convergente. Aunque las centrales continúan convocando el 1º de Mayo y las asociaciones vecinales defienden la atención primaria, su capacidad de arrastre se erosiona: afiliación precaria, mercado laboral fragmentado y bases envejecidas vacían sus repertorios. Su emocionalidad, anclada en derechos adquiridos y negociación institucional, disuena con una ciudadanía saturada de estímulos. El feminismo, que congregó centenares de miles de personas en los 8M de 2018-20, ofrece hoy señales de fatiga: descenso sostenido de asistentes y fisuras entre corrientes radical, liberal o transfeminista. Esta pérdida de centralidad se produce paralelamente a la curva ascendente de la extrema derecha —*VOX*, *Hazte Oír*, *plataformas antivacunas*— cuya participación crece exponencialmente desde 2021,

articulada en marcos de agravio, rabia y miedo, compatibles con la lógica de la atención. El resultado es una calle polarizada donde la densidad organizativa cuenta menos que la intensidad afectiva, y donde los repertorios disruptivos de la derecha radical desplazan a unas izquierdas que no han renovado ni discurso ni dispositivos de movilización. Revertirla exige renovar lenguajes, marcos afectivos y tácticas mediáticas adaptadas al ecosistema digital global actual

Uno de los fenómenos más inquietantes de este ciclo es el desplazamiento de los discursos antisistema desde la izquierda radical hacia la derecha extrema. En la España del 15M (2011), cuestionar las instituciones, denunciar la «casta» o criticar los privilegios políticos era propio de movimientos progresistas. Sin embargo, en el nuevo escenario post-COVID, es la derecha radical quien asume este rol contestatario, cuestionando la legitimidad del Gobierno, los medios de comunicación, la justicia, la ciencia o incluso la sanidad pública.

Esta inversión discursiva ha erosionado los consensos democráticos heredados de la Transición. La legitimidad de los procedimientos institucionales, del conocimiento experto o del pacto constitucional es puesta en duda de manera sistemática. Y aunque estas posiciones siguen siendo minoritarias en términos electorales, su impacto cultural y simbólico es considerable, especialmente entre sectores jóvenes, clase media baja, autónomos precarizados y entornos rurales.

Además, este nuevo discurso antisistema se presenta como una defensa de la libertad, pero lo hace en clave identitaria, excluyente y a menudo xenófoba. Su fuerza reside en su capacidad para traducir agravios difusos en enemigos concretos: el gobierno «socialcomunista», la «dictadura de lo políticamente correcto», los «globalistas», los «menas», las «feministas radicales».

Frente a ello, la izquierda institucional y los movimientos progresistas no han logrado construir una narrativa alternativa igual de potente. La pandemia supuso un reto monumental para el proyecto de sociedad democrática y solidaria, pero también dejó al descubierto sus fragilidades discursivas. La calle, que durante años fue patrimonio de los movimientos transformadores, es hoy un espacio en disputa donde las derechas ya no temen protestar, sino que reclaman el centro de la escena.

6. DISCUSIÓN: EL COVID-19 COMO ACELERADOR CULTURAL REACCIONARIO

La pandemia del COVID-19 no solo fue una emergencia sanitaria global, sino un acontecimiento que funcionó como catalizador de transformaciones culturales profundas. En el terreno de la protesta, abrió un laboratorio inesperado de subjetividades políticas, donde los significados atribuidos a la libertad, el cuerpo, el orden y el espacio público se reconfiguraron de forma acelerada. El Estado de Alarma, con sus restricciones excepcionales, convirtió la calle en un escenario vaciado que pronto fue resignificado: de ser un espacio de peligro viral, pasó a ser concebido como un símbolo de resistencia ante el autoritarismo sanitario. Este giro discursivo fue explotado con gran eficacia por los sectores conservadores y ultraderechistas, que supieron convertir la excepción en oportunidad y lo episódico en cultura política estable.

6.1. La protesta como laboratorio de subjetividades durante el confinamiento

El Estado de Alarma actuó como una especie de «cámara de incubación» para nuevas formas de subjetividad política. El confinamiento, la ansiedad colectiva y la ruptura de los hábitos sociales habituales generaron un caldo de cultivo propicio para narrativas que apelaban a la desconfianza institucional, el hartazgo emocional y la necesidad de reapropiación del espacio público. En este contexto, la protesta se transformó en un laboratorio de experimentación simbólica: desde los balcones, las redes sociales y los vehículos particulares se ensayaron nuevas formas de «estar juntos» políticamente sin necesidad de multitud.

Este laboratorio fue especialmente fértil para los sectores conservadores, que lograron canalizar los afectos reactivos —miedo, rabia, frustración— hacia una lógica de antagonismo total. Como han mostrado estudios recientes sobre emociones políticas (Goodwin et al., 2001; Jasper, 2018), la rabia organizada puede ser tan potente como la esperanza en términos movilizadores. La derecha radical, que históricamente había permanecido en el ámbito de lo institucional o electoral, descubrió en la protesta un canal de construcción identitaria y una herramienta de erosión del orden político vigente.

6.2. La calle como símbolo de libertad frente al encierro

Una de las mayores paradojas discursivas del periodo pandémico fue la resignificación de la calle como espacio de libertad frente al «encierro» dictado por el Estado. Si durante décadas la protesta en el espacio público fue concebida

como ejercicio de democracia (especialmente por la izquierda y los nuevos movimientos sociales), en el contexto COVID esta lectura fue revertida por la derecha.

El nuevo relato conservador construyó la calle como espacio de desobediencia heroica, donde protestar no era solo un derecho, sino una obligación moral ante un supuesto estado de excepción permanente. La libertad dejó de entenderse como conquista colectiva y pasó a ser libertad negativa —ausencia de interferencias—, en la línea de las versiones más neoliberales o libertarias del concepto. Esta resignificación fue visible en los lemas de las protestas: «Libertad ya», «Gobierno dimisión», «No al encierro», «Yo decido sobre mi cuerpo» (reapropiado en clave antivacunas).

Este giro implicó una importante inversión simbólica: la protesta ya no se ligaba a los derechos sociales o la justicia colectiva, sino a la resistencia individual ante la supuesta imposición gubernamental. En este marco, el cuerpo —como portador del virus, como sujeto de control, como frontera— adquirió centralidad política. La mascarilla, el pasaporte COVID o las vacunas se convirtieron en símbolos disputados. Protestar era también un acto corporal, una puesta en escena de libertad contra la medicalización del espacio social.

6.3. De la excepción a la permanencia: una nueva cultura de la protesta derechista

Lo que inicialmente parecía una reacción puntual al confinamiento y las restricciones ha terminado por consolidarse como una cultura de protesta estable y estructurada en la derecha radical española. Desde 2021, las movilizaciones impulsadas por *VOX*, *Hazte Oír* y otras plataformas conservadoras han mantenido una presencia constante, cohesionada y emocionalmente eficaz, con capacidad para interpelar a sectores sociales diversos (clases medias empobrecidas, autónomos, jóvenes precarios, pensionistas indignados, etc.).

Esta cultura se caracteriza por:

- La identificación de enemigos concretos: «gobierno socialcomunista», «globalistas», «feminismo radical», «menas».
- El uso intensivo de símbolos nacionales (bandera, himno), religiosos (rosarios, imágenes marianas) y retórica victimista.
- La apropiación del lenguaje de los derechos («libertad», «democracia», «constitución») para fines excluyentes.

- El recurso sistemático a la teoría de la conspiración como explicación del malestar social.
- El uso de protestas espectaculares y mediáticas en lugar de campañas sostenidas o negociaciones institucionales.

Este nuevo «estilo de protesta» ha convertido a la derecha en un actor contestatario permanente, que opera tanto dentro como fuera de las instituciones, generando un doble juego que erosiona el centro democrático y radicaliza el conflicto social.

6.4. Comparativa internacional: Alemania, EE.UU., Brasil

Este fenómeno no es exclusivo del caso español. A nivel internacional, la pandemia también aceleró procesos de movilización reaccionaria con características análogas, aunque con matices nacionales:

- Alemania: el movimiento *Querdenken* (pensamiento lateral) aglutinó a sectores antivacunas, negacionistas y ultraderechistas en protestas masivas contra las restricciones. Estas movilizaciones fueron particularmente intensas en ciudades como Stuttgart o Berlín, y mostraron una peligrosa hibridación entre nueva derecha, espiritualidad alternativa y teorías conspirativas. El uso de símbolos de resistencia antinazi por parte de grupos neonazis reveló el intento de apropiarse de los marcos del disenso democrático.
- Estados Unidos: durante la presidencia de Trump y tras las elecciones de 2020, las protestas contra las medidas sanitarias adquirieron un carácter explícitamente insurreccional, como demostró el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021. El uso del eslogan *Stop the steal*, la portación de armas en las manifestaciones y la presencia de grupos como *Qanon* o *los Proud Boys* ilustran una radicalización del populismo de derechas que también se alimentó del discurso antivacunas y antipandemia.
- Brasil: bajo el liderazgo de Jair Bolsonaro, el país vivió una ola de protestas negacionistas protagonizadas por sectores evangélicos, empresarios y seguidores del presidente. Las manifestaciones contra las restricciones, la defensa de la cloroquina o las marchas con lemas como «Dios, Patria y Familia» mostraron una fusión entre ultraconservadurismo religioso y desobediencia civil, en una lógica de «protesta oficialista» que desafía las nociones clásicas del activismo.

Estos casos muestran que el COVID-19 no generó simplemente malestar, sino que canalizó la incertidumbre hacia formas de protesta que desbordan los marcos democráticos convencionales. En todos ellos, la derecha radical ha dejado de ser un actor puramente electoral para convertirse en fuerza movilizadora, capaz de articular demandas simples, movilizar emociones intensas y ocupar el centro del conflicto simbólico.

En suma, la pandemia funcionó como un acelerador cultural reaccionario. Abrió una brecha por la que se colaron nuevas subjetividades, lenguajes políticos y repertorios de disidencia que erosionan las bases del pacto democrático contemporáneo. Esa brecha se prolonga en episodios pospandémicos donde la disputa por el sentido común se rearticula sobre desastres «naturales» politizados: así ocurrió con la DANA en la Comunidad Valenciana (finales de octubre y primera semana de noviembre de 2024), cuyo balance oficial superó las dos centenas de fallecidos y decenas de desaparecidos, catalizando acusaciones de incompetencia y consignas despectivas contra el presidente «Perro Sánchez» que reactivaron marcos antiestatales y de agravio moral². En 2025, la ola de incendios —con más de 300.000 hectáreas arrasadas a mitad de agosto, entre las campañas más destructivas del siglo, con focos de alta intensidad en Ourense (Larouco), Zamora-León y Cáceres— reforzó esa gramática: la emergencia se leyó simultáneamente como prueba del «fracaso» gubernamental y como demostración de resiliencia nacional, mientras AEMET difundía imágenes satelitales que mostraban la sinergia entre ola de calor y propagación del fuego, y los propios dispositivos de extinción y colectivos de bomberos denunciaban déficits estructurales³. En el centro de esa brecha sigue estando la protesta: ya no patrimonio exclusivo de proyectos emancipadores,

² [1] Fecha de consulta (01/012026) <https://elpais.com/espana/2024-11-02/ultima-hora-de-la-dana-en-directo.html>

[2] <https://www.france24.com/es/europa/20241108-cronolog%C3%ADa-de-un-desastre-de-los-primeros-momentos-de-la-dana-a-la-indignaci%C3%B3n-en-valencia>

³ [3] Fecha de consulta (01/012026) <https://www.rtve.es/noticias/20250818/balance-incendios-espana-mas-343000-hectareas-arrasadas-por-fuego-va-ano/16700076.shtml>

[4]: <https://elpais.com/espana/2025-08-20/ultima-hora-de-los-incendios-en-espana-en-directo.html>

[5]: <https://www.reuters.com/sustainability/climate-energy/huge-wildfires-stabilising-spain-cooler-forecast-fuels-hope-worst-is-over-2025-08-19/>

[6]: <https://www.huffingtonpost.es/tiempo/la-imagen-satelite-aemet-muestra-evolucion-graves-incendios-espana.html>

sino arena de contienda donde se libran—también en clave climática y de gestión del riesgo—las batallas por la autoridad epistémica, la responsabilidad política y la definición legítima de la “libertad”.

7. CONCLUSIONES

La pandemia del COVID-19 no supuso el fin de la protesta, sino el comienzo de un nuevo ciclo movilizador marcado por una profunda transformación en la estructura simbólica, emocional y estratégica del conflicto social. Lo que en un primer momento pareció un paréntesis —el confinamiento, la suspensión del derecho de reunión, el silencio en las calles— terminó reordenando las jerarquías tradicionales de la protesta en el espacio público. A partir de 2020, se configuró un nuevo campo protestatario, donde los actores conservadores y de extrema derecha pasaron de la periferia a ocupar posiciones de centralidad.

Esta investigación ha demostrado, con base en un análisis longitudinal de más de 7.300 protestas en Madrid capital, que la visibilidad, la eficacia simbólica y la capacidad de articulación emocional de estos nuevos actores no son anecdóticas ni efímeras. Por el contrario, revelan una reconfiguración duradera del repertorio de la acción colectiva en el contexto español. La pandemia no fue solo una coyuntura crítica, sino una ventana de oportunidad que facilitó la consolidación de una nueva cultura de la protesta conservadora, caracterizada por la espectacularización, el uso intensivo de medios digitales, la construcción de antagonismos simples y la movilización de afectos reactivos.

En este proceso, se han invertido algunos de los ejes clásicos de análisis: la calle, históricamente asociada a la izquierda transformadora, se ha convertido en un espacio de afirmación identitaria para la derecha radical. La protesta, tradicionalmente entendida como vehículo de demandas sociales progresistas, ha sido reapropiada como forma de resistencia simbólica frente a la gestión institucional, la ciencia oficial, el feminismo o el multiculturalismo. Y la noción misma de libertad ha sido resignificada, pasando de una lógica de derechos colectivos a una lógica de desobediencia individual.

Implicaciones políticas y teóricas

Desde el punto de vista político, estos hallazgos obligan a repensar la relación entre protesta y democracia. Si durante décadas la movilización social fue leída como un indicador de vitalidad democrática, hoy debe contemplarse también como potencial vector de polarización, desestabilización y erosión del

consenso. El auge de los movimientos de derecha radical muestra que la protesta ya no está ligada exclusivamente a proyectos de ampliación de derechos, sino que puede ser instrumentalizada por agendas autoritarias o excluyentes.

Teóricamente, este giro obliga a ampliar el campo de estudio de los movimientos sociales más allá del enfoque tradicional centrado en los actores progresistas. Es necesario incorporar con mayor rigor analítico el estudio de los contra-movimientos, las derechas movilizadas, el uso estratégico de la emocionalidad, y la construcción de subjetividades políticas en contextos de incertidumbre. La teoría de los procesos políticos (McAdam, Tarrow, Tilly), el enfoque de los marcos interpretativos (Snow, Benford) y la sociología de las emociones (Jasper) deben ser actualizados a la luz de estos nuevos repertorios conservadores.

BIBLIOGRAFÍA

ADELL ARGILÉS, R. (1989): *La transición política en la calle. Manifestaciones políticas de grupos y masas*. Madrid, 1976/1987, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

ADELL ARGILÉS, R. (2003): «El estudio del contexto político a través de la protesta colectiva. La transición política española en la calle», en *Movimientos sociales: cambio social y participación*, Madrid, UNED - Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 77-108.

ADELL ARGILÉS, R. (2005): «Manifestómetro: recuento de multitudes y significados de la movilización», *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 9, pp. 171-210.

ADELL ARGILÉS, R. (2008): «Sociología de la protesta: metodología, avances y retos», en *Itinerarios metodológicos en la investigación social*, coordinado por M. Guillén Lúgigo y B. A. Valenzuela, México, Universidad de Sonora, pp. 59-76.

ADELL ARGILÉS, R. (2013): «La metamorfosis de los movimientos sociales», en *Madrid en el siglo XXI: transformaciones y retos de su realidad social*, Madrid, Fragua, pp. 303-330.

ALMEIDA, P. (2020): *Movimientos sociales. La estructura de la acción colectiva*, Buenos Aires, CLACSO.

BENNETT, W. L. y SEGERBERG, A. (2012): «The logic of connective action», *Information, Communication & Society*, 15(5), pp. 739-768.

BRAUDEL, F. (1968): *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.

BRINGEL, B. y PLEYERS, G. (eds.) (2020): *Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

CASTELLS, M. (2012): *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, Alianza Editorial.

DELLA PORTA, D. (2020): «Social movements in times of pandemic: another world is needed», *Open Democracy*. Fecha de Consulta (01/01/2026) <https://www.opendemocracy.net/en/can-europe-make-it/social-movements-times-pandemic-another-world-needed/>

GOODWIN, J., JASPER, J. M. y POLLETTA, F. (2001): *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago, University of Chicago Press.

JASPER, J. M. (1998): «The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and around Social Movements», *Sociological Forum*, 13(3), pp. 397-424.

JASPER, J. M. (2018): *The Emotions of Protest*, Chicago, University of Chicago Press.

KITSCHOLT, H. P. (1986): «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», *British Journal of Political Science*, 16(1), pp. 57-85.

KITSCHOLT, H. P. (1988): «Left-Libertarian Parties: Explaining Innovation in Competitive Party Systems», *World Politics*, 40(2), pp. 194-234.

KOOPMANS, R. y RUCHT, D. (2002): «Protest Event Analysis», en *Methods of Social Movement Research*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 231-259.

KRIESI, H. (1995): «The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilization», en *The Politics of Social Protest. Comparative Perspectives on States and Social Movements*, editado por J. C. Jenkins y B. Klandermans, Londres, Routledge, pp. 167-198.

KRIESI, H., KOOPMANS, R., DUYVENDAK, J. W. y GIUGNI, M. G. (1992): «New social movements and political opportunities in Western Europe», *European Journal of Political Research*, 22(2), pp. 219-244.

MARTÍNEZ, M. A. y GONZÁLEZ, R. (2021): «Acción colectiva durante la crisis pandémica en España (2020-2021)», en Anuario de Movimientos Sociales 2020, Bilbao, Betiko, Fecha consulta (30/12/2025) https://www.researchgate.net/publication/357517845_Accion_colectiva_durante_la_crisis_pandemica_en_Espana_2020-2021

MAYER, N., FAVRE, P. y FILLIEULE, O. (1997): «La fin d'une étrange lacune de la sociologie des mobilisations», Revue Française de Science Politique, 47(1), pp. 3-28.

MCADAM, D. (1998): «Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras», en Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural, editado por P. Ibarra y B. Tejerina, Madrid, Trotta, pp. 89-110.

MCADAM, D., TARROW, S. y TILLY, C. (2005): Dinámica de la contienda política, Barcelona, Hacer.

PLEYERS, G. (2019): «Pensar los actores conservadores y capitalistas como movimientos sociales», Revista de Estudios Sociales, 67, pp. 116-123.

PLEYERS, G. (2020): «The Pandemic is a battlefield. Social movements in the COVID-19 lockdown», Journal of Civil Society, 16(4), pp. 295-312.

SNOW, D. A. y BENFORD, R. D. (1988): «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization», International Social Movement Research, 1, pp. 197-217.

SZTOMPKA, P. (1993): Sociología del cambio social, Madrid, Alianza Editorial.

WALLISER MARTÍNEZ, A. (2022): «Redes de cuidados en la pandemia. De la sociedad civil a la política y vuelta», Arbor, 198(803-804), a639.

ZALD, M. N. y MCCARTHY, J. D. (eds.) (1987): Social Movements in an Organizational Society: Collected Essays, New Brunswick, Transaction Books.

Recibido: 23.09.2025

Aceptado: 20.12.2025

Alberto Olayo Yestera es doctorando en el Programa de Doctorado en Cambio Social en Sociedades Contemporáneas de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Su investigación doctoral propone una

metodología para el análisis sociológico de la protesta a partir del estudio de caso de las manifestaciones registradas en Madrid entre 2000 y 2024 (tesis en trámite de registro). Es profesor en la UNED e investigador, donde ha desarrollado actividad docente en materias relacionadas con el cambio social, la participación ciudadana y los métodos de investigación social. Sus líneas de investigación se centran en la sociología de la protesta, los movimientos sociales, la acción colectiva, la participación política y las transformaciones contemporáneas del conflicto social. Ha publicado y presentado trabajos sobre protesta, cambio social y metodologías de análisis de la movilización colectiva. olayoyestera@poli.uned.es